

«¡Vive

Rasputín?»



Tercera época

Núm. 40

Se afirma que guarda la tumba de un monje ruso, en un islote de Alaska

## LAS MUJERES PIRATAS

María Read y Anna Bonney son las más famosas corsarias

ANNA BONNEY, LA CORSARIA DEL CARIBE

Las dos más famosas mujeres piratas del mundo han sido, sin duda, Anna Bonney y María Read. La historia de Anna Bonney llena con sus capítulos una gran parte de los anales piratas del siglo XVIII. Anna Bonney era irlandesa. Nació el año 1720. Desde su niñez vistió de hombre y supo llevar los trajes masculinos con sorprendente aplomo. En su juventud volvió a vestir las galas de mujer y se hizo pronto famosa en Carolina del Sur, donde se había trasladado con su padre, en 1725, por su extraordinaria belleza. Pero junto a ella ganó también fama por violento carácter: un día porque una costurera le había cosido un mal traje le pegó una puñalada en el pecho; en otra

(CONTINUA EN LA SEGUNDA PAGINA)

## Una máquina eléctrica... para fregar

Los ingleses quieren que sus amas de casa disfruten de las máximas comodidades. Después de la tremenda guerra—llena de sacrificios y esfuerzos—se lo merecen, pues en ella se han portado como los mejores.

Una máquina eléctrica para fregar, ha de ser una atención que toda ama de casa ha de apreciar. Poco consumo y fácil manejo. Y por añadidura, cuando la máquina no está en uso vuelve automáticamente a su posición original. En verdad, no se puede pedir más. Las amas de casa inglesas están de enhorabuena.



Anchorae. — De las desoladas tierras del Norte de América, ha surgido una extraña historia: la de que Rasputin, el siniestro monje ruso, que tan importante papel desempeñó en la Corte del último Zar, vive en una solitaria isla de Alaska. El relato, recogido de supersticiosos rusos de las Aleutianas y de algunos norteamericanos residentes en Alaska, afirma que Rasputin vive y que guarda la tumba de un sacerdote ruso en un islote desierto, próximo a Kodiak.

La historia dice que el monje loco Gregorio Rasputin fue asesinado en Leningrado en diciembre de 1917. Sin embargo, para desmentirla, surge el relato de los hechos, que tal como ocurrieron, reseñamos a continuación:

Durante algunos años, los naturales de Alaska han creído que las catividades y el aspecto físico de un anciano monje ruso (llamado Gersaim Schmalz) era el nexo entre dos de las historias más fascinadoras del mundo; una, desarrollada en la Rusia zarista, y otra, en Alaska. Hace ciento cuarenta y siete años, un sacerdote ruso, el padre Hermán, dijo a sus fieles de Moscú, antes de salir para Alaska, que aparecía dentro de cincuenta años. El padre Hermán murió en Kodiak aquel mismo año, y fué enterrado en la isla. Desde entonces, su tumba es custodiada por sacerdotes de la Iglesia ortodoxa griega. En 1919, Gersaim Schmalz llegó a Kodiak, y se dedicó a la misión de custodiar el sepulcro, azotado por todos los vientos, que barren la desolada isla. Los indígenas y algunos blancos que le vieron, afirman que se parece extraordinariamente a Rasputin. Lo sorprendente del parecido se extendió tan rápidamente, que Schmalz tuvo que ocultarse, huyendo de la curiosidad de las gentes.

El artista de Alaska, Eustace Ziegler, sorprendió un día a Schmalz en su escondrijo y le fotografió. De vuelta a su estudio, colocó las magníficas ropas de ceremonia que solía llevar Rasputin, sobre la fotografía del monje, y el resultado fué, según él, una foto idéntica a las existentes de Rasputin.

Rasputin tendría en la actualidad, si viviese, 73 años, ya que nació en Tobolsk en 1877. Su verdadero nombre era Gregor Novihk.

Según las personas que han hablado con Schmalz, se muestra molesto y embarazado siempre que se le pregunta sobre ese particular. Prefiere permanecer solo y silencioso, y, ahora, se ha negado a desmentir o confirmar las conjeturas sobre su pasado.

Según la historia, Rasputin fué asesinado por el príncipe Yussupoff, perteneciente a la familia imperial. Yussupoff le dió pasteles envenenados, le disparó varios tiros, le golpeó con una barra de hierro en la cabeza y tiró su cuerpo al Neva por un agujero abierto en el hielo. Los relatos rusos dicen que el cuerpo fué recuperado tres días después y enterrado en un féretro de plata en Tsarkoie-Selo, palacio de invierno del Zar.

## El pináculo, juego revolucionario

Será estudiado en el futuro con la bomba atómica y las armas "V",

No sé qué filósofo alemán, después de muchos años de meditación sobre el juego de las cartas y su enorme difusión en todo el mundo, llegó a la conclusión de que «era más cómodo cambiar cartas que cambiar ideas».

Siento no poder comunicar a mis lectores el nombre de este sabio y perfecto conocedor de la psicología humana, y más que nada

(CONTINUA EN LA 2.ª PAGINA)

## Literatura, Boda y Cine en torno a Carmen Laforet

Leemos en «Solidaridad Nacional» de Barcelona:

Vuelve a hablarse de Carmen Laforet, la sorprendente autora de la novela barcelonesa «Nada». Ahora de Madrid nos llega el rumor no de un nuevo libro suyo, sino de su próxima boda con Manuel González Cereales, escritor que conjuga esta profesión con la industrial. Fué

a ser llevada al cine, corriendo la dirección a cargo de Edgar Neville, el obeso y desenfadado hombre de pluma y objetivo. Seguramente Neville entenderá muy bien y plasmará a las mil maravillas el ambiente cargado en que se desarrolla la historia de la casa de la calle de Arriau. Precisamente el humor de Neville suele tomar como base la tristeza de vida de una clase media llena de pudorosas angustias, el «quiero y no puedo» de doña Encarnación y doña Purificación, la trágica estupidez de muchos pobres diablos. La sonrisa amarga y comprensiva de Neville humanizará los desgarrados acontecimientos de «Nada».



CARMEN LAFORET

redactor-jefe de «Arte y Letras» y colabora en varios periódicos y revistas.

Mucho me alegro de la noticia. Carmen Laforet es una chica excelente, que reserva para sus novelas su pesimismo negro, bien ajeno a la bondad de su carácter.

A propósito de Carmen Laforet y de su novela, hay que anunciar que «Nada» va

Y sucede con el proyecto de películas que hay ya gente alegando sus derechos a tener un papel. Su propio papel, puesto que la novela es biográfica respecto a muchos personajes, según descubrimos —parcialmente y dentro de los límites de lo discreto— en una de estas «tertulias». Por ejemplo, Goicoechea (Ramón Eugenio de) proclama a grandes gritos o sea en su voz natural, que no cederá a nadie su representación bajo el nombre de Iturdiaga, tal como aparece retratado de pies a cabeza en algunas escenas de «Nada».

La experiencia puede ser peligrosa, porque no habría mayor fracaso que el de quien estuviere mal haciendo de sí mismo.

## Gabriela Mistral, Premio Nobel



PARIS. — Gabriela Mistral, Premio Nobel de Literatura, durante la Conferencia de Prensa que celebró en la Embajada chilena en París, durante su estancia en la capital francesa de regreso de Estocolmo. (Foto «Cifra»)

TODAVIA hay quien cree, equivocadamente, que el periódico es un fruto del siglo XIX, una cosa reciente, un producto nacido por obra y gracia de las exigencias de la vida moderna. Sin embargo, a este falso concepto podríamos oponer nosotros la afirmación de que el periódico es algo casi tan viejo como el mundo y que a través de las épocas más remotas el hombre se ha visto precisado del clásico «ver, oír y contar» del periodista. ¿No es hacer historia hacer periodismo? En ese caso, la Humanidad ha sentido siempre el noble afán de ir dejando grabada en piedra y mármol, dibujada en papiros o impresa en una cuartilla, la señal de su huella, la crónica palpante de su paso por la Tierra...

Dentro de pocos días vendrá a darnos la razón la Exposición Mundial de Prensa, que va a celebrarse en Londres. Los viejos papeles amarillentos expuestos en sus vitrinas, a los que podríamos calificar perfectamente como de gloriosos antepasados de los periódicos actuales y patriarcas de la profesión...

RENAUDOT, PRIMER DIRECTOR DE PERIÓDICO

Un médico está considerado como el primer director de periódicos del mundo.

## Suecia posee hoy el periódico más antiguo del mundo, fundado en 1641 por la Reina Cristina

El fué quien fundó en el año 1631 la primitiva «Gazette de France» para servir a la política del cardenal Armando du Piessis. El periódico de Théophraste Renaudot tuvo una vida tan larga y fecunda que dejó de publicarse casi a los trescientos años de haber hecho su aparición el primer número, es decir, a los comienzos de nuestro siglo. A él se debe también la popularización universal que ha alcanzado la palabra «Gaceta», cuyo origen extraño no está bien precisado todavía, pero que él puso de moda al conseguir bajo su título dar forma y vida a la hoja periódica de noticias.

LA PUBLICACION MAS ANTIGUA EN LA ACTUALIDAD

La gloria de poseer hoy el periódico

más antiguo de la Tierra corresponde a Suecia. El «Post-och Inrikes Tidningar» lo fundó la propia Reina Cristina en el año 1641, y ha sido hasta nuestros días el órgano oficial del Gobierno y la Corte sueca, cuyas disposiciones inserta a diario. Por esta misma razón histórica podríamos calificar sin hipérbolo a la Reina Cristina como la primera mujer periodista de todos los tiempos. Periodista, además, casi por herencia, ya que su vocación le venía de su padre, Gustavo Adolfo, que durante sus campañas por tierras de Europa en la Guerra de los Treinta Años fundó una «Gaceta» para relatar los acontecimientos más memorables de la campaña. ¿Estamos ante la manifestación más antigua del corresponsal en los frentes?

## LA ANCIANIDAD DE MUCHOS PERIODICOS

Son más de doscientos los periódicos que han cumplido más de un siglo de vida que están actualmente en circulación. Entre ellos se encuentran el famoso «The Times» y nuestro veterano el «Diario de Barcelona» con ciento cincuenta años largos de existencia en su haber. Sus dos primeros ejemplares van a ocupar en Londres las vitrinas de honor.

Ellos son —exceptuando, naturalmente, la mencionada «Gaceta» sueca, que ha batido todos los records de vida— los abuelos de los grandes rotativos de hoy, los que han dado su negra sangre de tinta y su herencia espiritual a todas las publicaciones modernas de la Tierra. Proclaman, además, algo más importante, mucho más hondo: la verdad suprema de que el periodismo, que data de la época de las primeras sociedades humanas, responde a una necesidad imperiosa del hombre que sólo acabará con la existencia del hombre mismo...

JUAN FORTEGAS



# El pináculo, juego revolucionario

## Será estudiado en el futuro con la bomba atómica y las armas "V",

(VIENE DE LA 1.ª PAGINA)

da las tertulias masculinas y femeninas. Pero también hay que reconocer mérito a los inventores de los juegos de cartas que, aunque anónimos, preceden a este sabio alemán, descubriendo de una manera práctica que era mucho más fácil combinar cartas que combinar ideas, y que este cambio de cartas apasiona aún más que una conversación.

No nos referimos a los juegos de azar, en donde la combinación y cambio de cartas representa un cambio de dinero de un lado de la mesa al otro. Para esta clase de juegos no hacen falta ni las cartas para jugarse: basta simplemente una moneda o un par de dados. Nos referimos a los juegos en que juegan vulgarmente como se dice para «pasar el rato» o para «matar un par de horas», a la hora del café, o para «hacer entretenida una reunión».

Yo ofrezco a los anfitriones que cuando vean decaer la conversación de sus invitados, saquen un par de barajas y propongan una partida cualquiera. Verán cómo el sabio alemán no les deja mal, y comienza rápidamente y sin desmayo el cambio de cartas cuando el de ideas languidece de una manera rayana en el bostezo. Al final de la velada quizás tenga que sacar nuestro anfitrión, con mucha discreción, varias veces el reloj y de seguro aquella noche cenará tarde y sus invitados se marcharán con esta frase: «Es una vergüenza, con la hora que es. Hoy, de seguro tengo «bronca» en casa.»

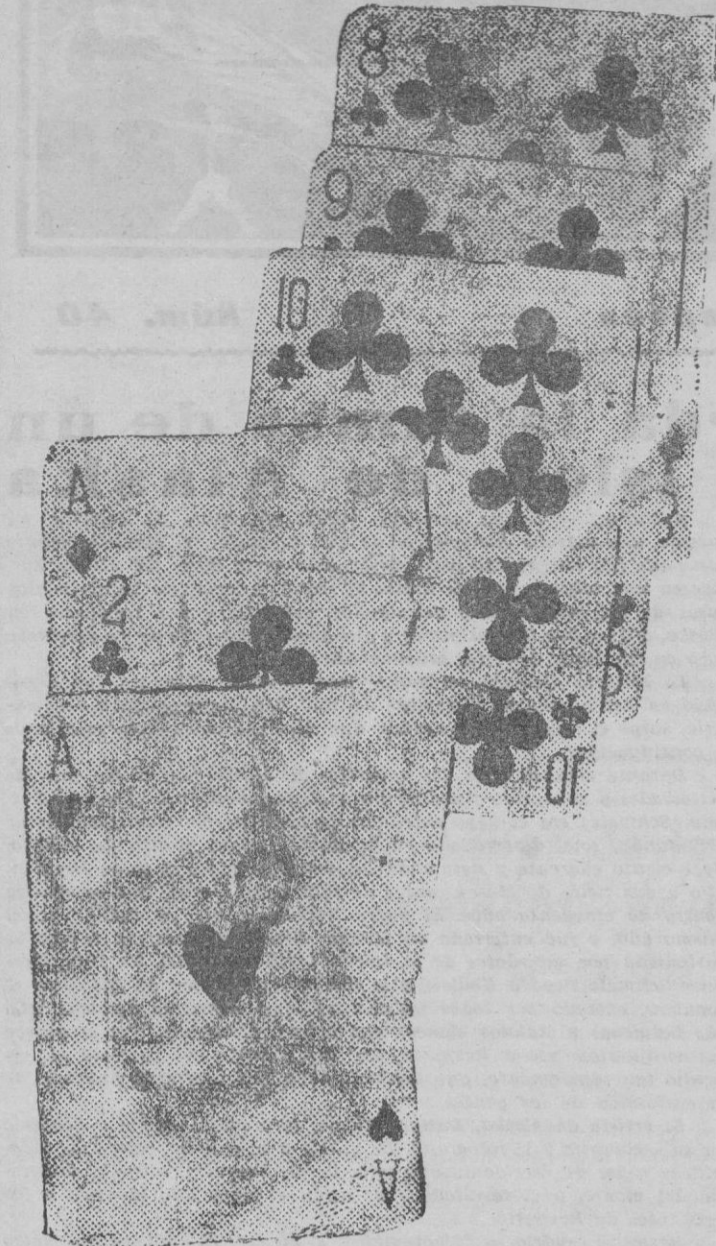
Hasta ahora, los juegos de cartas eran de azar o hacia falta para jugarlos cierta técnica y prestarles atención. Cumplían a rajatabla su cometido. Había que estar en el juego para jugarlos y no permitían otro «cambio de ideas» que los naipes. Y ¡ay del desventurado jugador que quiera cambiar impresiones con un conocido o con cualquier amigo que estuviera a su lado! El anatema de sus compañeros de juego es fulminante. Primero, una serie de miradas asesinas, después, un violento «¡Usted da!», o «¡Haga el favor de cortar!», Cuando se llegaba a la frase «A usted le toca jugar» o «¡Estamos esperando que usted hable!», podía estar seguro que acababa de recibir un «ultimatum», y que la próxima reconvencción ya no vendría en tono tan cortés e indirecto. Si usted no hace caso a este ultimatum, porque la conversación de al lado le interesa mucho, vienen los conminatorios «¡Juega usted, o lo dejamos!» «¡Si quiere charlar, deje de jugar etc!» y no le quedan más que dos caminos: o dedicarse al «cambio de ideas con su amigo, o al «cambio de cartas» con sus compañeros.

Y este es el defecto de los juegos de cartas. Cumplen tan a rajatabla la misión que les asigna el filósofo alemán, que para organizar una partida se necesita el número de personas justas: no debe faltar ninguna para formar la «mesa», y tampoco sobrar ninguna pues a este infeliz se le priva de los dos recursos con que pensaba matar la tarde: no podrá cambiar ni «ideas», ni «naipes». Si esto sucede, al cabo de los cinco minutos o su duerme, si tiene mucha confianza, o se acuerda de que en aquel momento tenía algo importantísimo que hacer, aunque al aceptar la invitación le hubiera dicho que «estaba encantado de ir a su casa y que tenía toda la tarde libre». Y usted, perfecto anfitrión, no comete tan inusitada grosería; y no abandona ni deja dormir a ninguno de sus invitados, sino, ante el peligro de que se le duerman todos, saca un par de barajas.

Pero he aquí que entre los últimos inventos de estos años de espantosa guerra ha surgido uno que ha venido a revolucionar la técnica de los naipes, y a romper el tajante dilema del sabio alemán. Los futuros historiadores le consignarán al lado de la bomba atómica, al «radar», las «V-1» y

«V-2», etc... Este juego revolucionará por excelencia es el pináculo. ¿No lo creéis? ¡Pues es cierto!

El pináculo ha subvertido las hasta ahora normas clásicas del juego, que permite «hablar», mientras se cambian las cartas. Bien es verdad que no le permite, mientras juega, tener un serio cambio de ideas, pero si sostener una conversación intrascendente; enterarse con todo detalle de las últimas modas, de la salud y vicisitudes de todas sus amistades y conocidos, hablar de comidas y del servicio; en fin, de esos temas «inagotables» que por su nimiedad no bastan para llenar toda una tarde, pero sin los cuales no pueden pasarse muchas personas y al mismo tiempo el pináculo sirve para cuando decae la conversación o no interesa refugiarse en otro juego cualquiera. Además, en el pináculo los mirones pueden intervenir directamente en la conversación y aun en el juego. El mirón ya no es una cosa postiza al tapete verde, sino un complemento del mismo. Por esta razón el pináculo se ha colocado a la cabeza de los juegos. Hace furor y no diremos que «estrage», pues es sumamente «inocente»... Más estragos podría hacer la conversación que permite, pero es tan «caritativo» este juego, que la pequeña atención que hay que prestarle impide que pueda prestarse toda a lo que se habla... y si alguna vez en una mesa de pináculo se murmura, el juego se para y se deja donde está... El cambio de «ideas» vence a las cartas... y la culpa de «las ideas», no es del juego, sino de los que juegan... El pináculo cumple en esto como en todos los juegos, el



suprimir un cambio de ideas. Aunque no de palabras. También frente a una mesa de tute se puede murmurar, pero será mientras no se juegue...

R. DE V.

# LAS MUJERES PIRATAS

## María Read y Anna Bonney son las más famosas corsarias

(VIENE DE LA PRIMERA PAGINA)

ocasión un pretendiente inoportuno recibió dos balazos de la esquirola beldad.

A los veinte años se casó con un marino. Su espíritu aventurero convenció a su esposo de que debían partir para la isla de la Providencia, nido entonces de los más famosos piratas del Caribe. Allí vivió algún tiempo como un marino más. Sus desafíos se hicieron célebres y numerosas muertes jalonaron su camino. Aburrida de la vida de la isla de la Providencia, un día se enroló como marinero en un buque del famoso filibustero Rackham. Pronto Anna Bonney destacó en el barco corsario.

Un día Rackham fué capturado por la justicia inglesa. Casi todos sus compañeros fueron llevados a la horca. Anna Bonney consiguió salvar la vida y ser conducida a la presencia del famoso filibustero que había pedido hablar por última vez con su amada. La mujer pirata, al mismo pie del patíbulo, estuvo realmente terrible: «Si te hubieras batido como un valiente — le dijo — ni tú ni yo estaríamos aquí». A partir de este momento, Anna Bonney desapareció de la historia y no se supo más de ella. Se cree que se cambió el nombre y se volvió a casar con un granjero de la Nueva Inglaterra.

### MARIA READ

EN una de sus famosas expediciones piráticas, Anna Bonney se encontró con un hermoso filibustero. Aunque éste era extraordinariamente valiente en los combates, jamás se convirtió en un auténtico pirata, ya que no acompañaba a sus compañeros en sus famosas bacanales. Un día, Anna Bonney descubrió la verdad: el marinero era una hermosa muchacha llamada María Read. Su madre le había vestido desde niña como un muchacho. A los trece años, acostumbrada ya al traje masculino, entró como criado en una gran casa de Londres. Después pasó a servir en la Marina inglesa. Al terminar su servicio naval se enroló en el Ejército y se batió en los campos de Flandes con extraordinaria bravura. Un día se enamoró de un soldado y a él le comunicó su auténtico sexo. Poco después se casaron. Al morir su marido volvió a la vida aventurera y se embarcó como marinero en un buque de la Compañía de las Indias Orientales. Unos piratas asaltaron al buque y se quedaron con él. Los pasajeros fueron abandonados en una barca, pero María Read se alistó voluntariamente con los filibusteros. Pronto entre ellos se hizo famosa por su valor y por su decisión. «La vida no es nunca tan bella — decía — como cuando se acaba de ver la muerte». Un día se volvió a enamorarse de un compañero y le dijo su sexo. Al volver a vestir sus trajes de mujer, su belleza despertó pronto la rivalidad entre los piratas y uno de ellos desafió al marido de la hermosa. El duelo se celebró en una isla desierta. Pero los participantes fueron el pirata y María Read, que consiguió atravesar con su espada a su enemigo. Un día la tripulación del buque pirata fué capturada. Sólo María Read se salvó de la horca. Poco después murió a consecuencia de unas fiebres tropicales.

J. A. CIERVANA

### Carta a un amigo

## Siés y neés sobre los últimos filmes vistos en ésta

Mi buen Pedro: Muchas veces te tengo dicho que tú —res para mí — y para mi supuesto criterio acerca del cine y sus alrededores— como un símbolo de una gran parte del público. Tú vas al cine (casi todos los días), y a la salida del local rara vez te metes en dibujos de encuadres, grandes planos secuencias largas o calidades fotográficas, sino que en un «me ha gustado» o «no me ha gustado» resuelve la papeleta de calificar lo visto. Por sistema no te agradan las películas tristes (sin embargo, te gustó una cosa titulada «Así es la vida», que era trisísima, y «Sinfonía de la vida», forzada en su final feliz, que tampoco era manca) y, también por sistema, te niegas a ver a Cantinflas, diciendo que es un orangután sin pizca de gracia. Sé que a leer una crítica cinematográfica, si el crítico está de acuerdo contigo te notas feliz, en caso contrario olvidas lo que acabas de leer y, jamás, te paras un minuto a pensar que quizá el crítico tenga razón. No en balde tú lees siempre críticas retrospectivas, es decir no te dejas conducir por ningún crítico y si por una cierta manera de corazónada: «Tal película —piensas— debe estar bien» Y según te dicte esa voz interior e inexplicable vas o no a ver tal película.

Por este arriesgado procedimiento (fíjate que digo «arriesgado» y no «malaventurado» que es lo que debiera) has dejado de ver una de las películas más poderosamente poéticas, sugestivas y fuertes que, en una larga temporada, han desfilado por nuestras pantallas. A ti, a tí y a muchos, aquello de «María Candelaria» no les sonó bien. Y pasó la película ante la mayor de las indiferencias, cuando precisamente lo único que no podía hacer era eso, pasar entre la indiferencia del público.

De ese filmo — el primero, casi el único, de cuantos nos ha enviado Méjico — no oíste comentario, ni en bien ni en mal, pero si escuchaste esa corazónada misteriosa y ella misma te perdió. Te perdí porque yo estoy convencido que «María Candelaria», de haberla visto, hubiera causado en tí una honda, una profunda impresión. Cuando el cine es algo más que una sucesión de inverosímilidades, de cosas «bien traídas» pero sin relieve humano, cuando, por el contrario, el cine se pone a decirnos algo sobre la tierra que pisamos, el cielo que nos es dable contemplar, las pasiones buenas y malas, de gentes como nosotros, entonces no hay otro remedio que pensar — creer — que el cine es algo más que un puro divertimento, un pretexto para pasar el rato con la novia, colgado de sus manos o con varias chicas a las que comprar caramelos en el entreacto, si es que esta costumbre ya no se ha retirado de a circulación. Que todo podría ser

«María Candelaria» —entre otras muchas cosas— te hubiera hecho pensar, por ejemplo, en que un filmo puede ser el libro, el cuadro, el verso, la crónica (el mismísimo periódico de otras tierras), para quien, en su vida, se le ocurrirá leer versos, comprar un buen libro, contemplar un bello cuadro o perderse en el laberinto de un diario bien escrito, u. el diario ideal donde las máquinas de componer hicieran maravilla, hasta con la literatura de las gacetas suplicadas. ¡Qué pena querido Pedro, que no hayas visto esa maravillosa «María Candelaria»!

Adivino que piensas que tal vez esa película (con tanta miga dentro) te resultara, de haberla visto, algo pesada, amazotada, «una tabarra» como tú sueles decir. Permíteme que haga una cita cervantina. Tú debes recordar perfectamente —esas cosas aprendidas a los 12 años no se olvidaban así como así— aquel capítulo del Quijote en el que don Miguel, relata el encuentro del Caballero de la Triste Figura con los cabreros, gente agraz, muy poco letrada y, desde luego, enemiga de la retórica. Pues bien, recuerda lo que Cervantes pone en boca de nuestro Caballero a la hora de hablarles. ¡Nada menos que un imponente discurso verdaderamente grandilocuente!

«Dichosa edad y dichosos tiempos aquéllos...» ¿Recuerdas? ¿Entiendes lo que quiero decirte? Nuestro Caballero, con su discurso —tan repleto de ideas, imágenes y hasta retórica— ponía a su propia altura a los cabreros, no se rebajaba a la suya, sino les consideraba capaces de entenderle, de seguir y aún estimar el hilo de aquel discurso como preparado para una asamblea de doctos académicos, de gentes intelectuales de esas que caminan con la cabeza y hacen como que ignoran los pies. Y a te que los cabreros aguantaron bien el discurso y hay que pensar que bastante en limpio sacarían de él cuando hasta la última sílaba se metieron entre pecho y espalda.

¿Por qué pretendes tú ser menos que los cabreros y querer que se te hable en un lenguaje todavía más bajo que el que corrientemente empleas para andar por la vida y traficar con tus semejantes?

Otras corazónadas te habrán llevado a ver «Cara o Cruz», «Machachos de Siracusa» y ahora titubeas ante «Seis destinos». De los dos primeros no quiero decirte nada. Allí tú con tu propia conciencia. Ahora si quiero recomendarte que no titubees ante «Seis destinos». ¿Otro discurso a los cabreros? Todo podría ser, aunque esta vez es del todo conveniente y prudente que no te lo pierdas. Pasarás el tiempo y, quien sabe, a lo mejor algún día me lo agradecerás.

Un abrazo de tu buen amigo,

B.

## RECETAS DE COCINA



### BESUGO ASADO

Cantidades:—Un besugo de dos kilos o dos piezas de la mitad de ese peso, dos limones, un diente de ajo, dos decilitros de aceite, un vaso de vino blanco, 100 grs. de nueces machacadas, un poco de pimentón y sal.

Preparación:— Bien limpio el besugo, se sazona por dentro y por fuera con sal, haciéndole unos cortes en el lomo y poniendo en cada uno de ellos media rodajita de limón sin piel ni pepitas y una lámina de ajo. Se coloca en una besuguera humedecida con aceite frito, rociándolo también por encima con el resto del aceite, al que se habrá echado un poco de pimentón. Se pone el besugo a horno fuerte y a los diez minutos se vierte sobre él el vino, dejándolo asar en el horno y rociándolo cada cinco minutos con su mismo jugo. A los 20 o 25 minutos según su tamaño, estará ya hecho, debiendo quedar dorado. Se retira entonces del horno, echándole por encima las nueces machacadas y diluías en el jugo de un limón, poniendo la besuguera sobre el fuego y moviéndola para que se una bien la salsa, que deberá estar espesita. Puede servirse en la misma besuguera, pero es de mucha mejor presentación colocado en fuente metálica, rodeando el borde de ésta con medias rodajas de limón y un redondito de remolacha cocida en el centro, detalle que resulta muy decorativo.

Tinta Pelikan

Haga coro a sus hijos... Album del Buen Humor.

... que se coleccionan los 365 cromos-chistes que fueron exhibidos en la valla de la Plaza de Cataluña. Colecciónelos, si no lo hace ya, adquiriendo nuestros productos POTAX POTAX POTAX Pida detalles a M. Cerdá Marqués de Fuensanta, 24 - Palma de Mallorca



# Dar que reír al demonio



UN CUENTO RELAMPAGO

## Intenciones serias



### ORGANIZACION

—Si señora; como soy sinsombrerista y me gusta la organización pongo los duros con los duros, las pesetas con las pesetas y los céntimos con los céntimos.



### INTERES

—Pues le he hecho el traje como si fuera para mí.  
—Ya lo veo.



### LOS INCREDULOS

—S; salgo de esta con vida, al primero que me diga que la tierra es redonda... ¡lo degüello!



### UNA OCASION

—Por operarle de apendicitis, pido tres mil pesetas. Pero si encuentra usted seis amigos que quieran operarse, les haré una rebaja del treinta por ciento.



### BILLARISTA NOVATO

—¿Cuáles son las reglas del juego cuando la bola se mete debajo del paño?

**D**ONA María tiene una pena muy grande en el corazón: Olga, Olga es su hija, tiene treinta años, es una hermosa y buena muchacha, pero no se casa. Seguramente, porque todavía ningún joven ha puesto sus ojos en ella.....

Un momento: ahora mismo doña María, acaba de descender en el zaguán de su casa, a un joven hablando con su hija. Tiene un porte simpático, es alto, va bien vestido. ¿Qué será? ¿Ingeniero... médico? No; sin duda alguna, abogado. Doña María ha notado que, el apuesto joven, lleva debajo del brazo, una cartera de cuero marrón, como las que usan los abogados.

Doña María tiene el corazón que le bate tumultuosamente en el pecho. Se siente feliz, porque observa como el joven habla con apasionamiento, como hablan los enamorados; Olga le escucha, le escucha sin hablar. De vez en cuando, baja los ojos, pudorosa e incrédula, al oír lo que él le dice. Ante eso, doña María se molesta, porque una muchacha no debe suborizarse por una nadería; debe estar más en su lugar. ¡Cómo las demás, Cáspita! Si no, no se casa; no se casa...

Menos mal que en este momento Olga se ha puesto a hablar. Habla bajo, sosegada. ¿Qué le dirá? El escucha con una sonrisa complaciente.

Doña María debe apretarse el corazón con las manos: parece que le estalla de alegría. «Si; siempre lo he dicho —murmura— antes o después, todas se casan.

Pero, ¿qué ocurre ahora? El ha levantado la voz, y en un tono cordial, le dice: «¡Está bien señorita! Si este es su deseo, estoy dispuesto a hablar con su mamá».

Doña María, está muy emocionada. Olga, seguida del joven, comienza a caminar a lo largo del zaguán. Ya han subido el primer tramo de la escalera; ya no se les ve.

Doña María se retoca el peinado, se pone una chaqueta nueva y se coloca detrás de la puerta.

«La felicidad —dice— no debe aguardar, cuando llama a tu puerta».

En efecto, apenas oída la llamada, abre.  
—Buenos días, señora —dice el joven, con singular desparpajo.

—Permítame que me presente: Santiago Estébanez. Su hija ha insistido tanto, que no he podido negarme a hablar con usted. Espero que no lo tomará usted a mal...

—¡Oh, no, no! —responde doña María, que ha enrojecido ligeramente—. Al contrario, lo encuentro muy en su punto. Naturalmente que quisiera saber ahora, si lleva usted intenciones serias.

—¡No faltaba más, señora! ¡Soy un hombre formal y serio! —contestó con cierto orgullo el joven—. Tanto es así, que deseaba darle a su hija la máquina de coser, sin que usted me firmase el contrato. Pero la señorita se ha empeñado en que subiera y usted firmara. Comprenderá que, al fin y a la postre, ello me conviene, pues aseguro la venta. — (Traduce: P. M. T.).



### EL NOVIO DE LA NIÑA

—¡Cierra la radio, Susana! ¡Esos alaridos me están volviendo loco!



### LA NUEVA NIÑERA

—Como no recordaba cuál era su hijo, le traigo a usted todos los que había por allí.



### ¿QUE LE DIJO...?

—Entonces le di una patada...

# Columna del novel

### ¿POR QUE NO LA PERDONE?

Querería... eso era poco. La adoraba con locura y fué aquel mi amor loco lo que hoy es mi amargura.

¿Comprende caro lector lo cierto de mi locura y porque es mi amargura lo que fué y es mi amor.

Jaime GINARD DALMAU DECEPCION

De aquella noche el recuerdo guardo muy triste en mi pecho y hoy que ya veo deshecho mi amor, tampoco estoy cuerdo.

Dormita la novia amada en el pecho del amante, como un trocito de cielo entre pétalos que laten.

Más que distinta demencia la de hoy a la de ayer aún que ayer por querencia y es hoy también por querer.

¡Sus labios son como rosas que no las marchitó nadie, sus ojos son dos luceros sus dientes como diamantes.

... No me abandones decía llorando con desconsuelo y fija mi vista al suelo he de hacerlo respondía.

Y sus pestañas son flechas que se clavan penetrantes, en el disco de sus ojos brillan promesas y afanes.

No eres pura, tú lo has dicho y yo que lo he comprobado, dejarte me es obligado y no me es por capricho.

La imagen de su figura no hay nadie que la iguale, la sonrisa de sus labios es néctar para el amante.

No llores más y olvíca como olvidaste el primero que con su amor traicionero sacó tan buena partida.

Es una estrella que brilla en el firmamento grave, es una espiga que el sol acaricia entre cristales.

Ahora escucha un consejo no seas tan confiada sino, como yo te dejo por todos serás dejada.

Es la mujer deseada entre flores y entre encajes que lleva un chal de princesa entorno a su pecho suave.

Y el tiempo echa al olvido que hemos perdido los dos pura te hubiese querido así no puedo... ¡Adios!...

Todo es belleza en la novia, boca, ojos frente y talle, Y es una belleza tenue —belleza de pluma de ave—.

Se va alejando aquel día de mi triste adiós postrero a la mujer que aún quiero no mehos que la quería.

Es la rosa sin abrir que acaricia el alba afeble, es la flor que un mes de abril Cúpidio riega incesante.

Y en tanto mi amor perdura sin esperanza ni fé, me pregunto ¿Aunque impura por qué no la perdoné?

Novia, que dormitas entre tu chal de hilo mate, bordando tanta ilusión para luego esfumarse.

Novia, novia que fascinas Novia, castillo de naipes, castillo que se derrumba con leves soplos del aire.

(IGUAL)

## Tablero de la curiosidad

### BREVISIMO

El Mar Caspio no tiene más que cinco kilogramos de sal por tonelada de agua, mientras que en el Mar Muerto se pueden obtener 40 kilos del mismo producto por cada tonelada de agua.

Los vegetales en su estado fresco contienen una cantidad de agua que varía según el género a que pertenecen, dándose el caso de que la mayor parte del vegetal sea agua, como ocurre con las patatas, cuyo ochenta por ciento es agua.

En Turquía no era conocida la ceremonia de la coronación de sus monarcas porque éstos carecían de corona.

La idea de la organización mundial Cruz Roja se debe a M Enrique Durant y que la constitución de la benemérita sociedad se hizo en Ginebra el 1863, firmando la constitución 17 países a cuyo convenio se adhirió España por R. O. de 6 de Julio de 1864.

### UN GENERAL FRANCÉS CAMBIA DE NOMBRE

El general francés, vizconde de Hautecloque, mundialmente conocido por el pseudónimo de Jacques Leclerc, que ha utilizado durante la guerra, ha decidido adoptar legalmente este último nombre, en vista de que nadie le conoce por el suyo auténtico. Leclerc, que en la actualidad manda las fuerzas francesas de Indochina, fué jefe de la II División motorizada francesa y recobró el Camerún para el General De Gaulle en agosto de 1940. Estuvo prisionero de los alemanes y consiguió escapar utilizando una barca de pesca. Fué expulsado del Ejército por el Gobierno de Vichy y entonces adoptó el pseudónimo que ahora ha convertido en su nombre legal.

### UNA ESCOLAR DE 17 AÑOS, ALCALDE DE SU PUEBLO

Una escolar de 17 años, Miss Pamela Phillips, acaba de ser llamada a ocupar una de las más altas funciones de la vida municipal británica. A petición del alcalde del

barrio londinense de Camberwell, Mister Burgess, acaba de ser designada por la directora de la escuela para ocupar el cargo de «Lady Mayoress» del distrito.

### ECONOMIA VIGILADA

Para tener siempre presente el estado de su economía, Napoleón se hacía pasar todas las mañanas en un papelito, el balance diario de su caja, cuyo papel llevaba siempre en el bolsillo para saber en todo momento lo que le convenía gastar.

### UN AUTOMOVIL ULTRALIGERO

Entre los modelos que ha comenzado a fabricar la Compañía Jack y Heintz, de Cleveland, figura un motor de dos cilindros, de 22 kilos de peso y 28 caballos de potencia al freno, todo de aluminio, con el que se equipará un automóvil ultraligero que ya arma un constructor francés en Long Island.

### LA PROPIEDAD Y LA ERA ATOMICA

En Lamar, Estado de Missoiri, pueblo natal del Presidente Truman, el acre de terreno ha descendido de 60 a 54 dólares, porque los compradores afirman que la era atómica constituye una amenaza contra la propiedad.

### VERDADEROS MONTONES DE CALDERILLA

Ochocientos millones de piezas de calderilla se han fabricado en España durante los últimos cinco años. Se ha comprobado—metafóricamente, desde luego—que puestas las monedas una junto a otra sería posible cubrir todo el perímetro de España cuarenta veces, desde Torifiana a Creus. Asimismo podría hacerse un collar gigantesco a nuestro planeta.

Tu escuchabas silenciosa contemplando a la corriente que a nuestros pies velozmente proseguía bulliciosa. Eras igual que la rosa que no pudiendo hablar sabe que ha de agradar su hermosura y perfume y se seca y consume con afán de cautivar.

Por qué te cuento esas cosas? Por qué transformo en versos esos recuerdos dispersos de unas horas venturosas? Es que a veces silenciosas estas escenas pasadas, lejos de estar olvidadas, salen y no sé de donde cual la raíz que se esconde en las rocas calcinadas.

Ahora... rumbos distantes nuestras vidas han seguido, para nada han servido nuestras promesas de antes. Y esos tus ojos brillantes cruzados en mi destino cuando vean el molino recuerden que allí te di lo que jamás ofrecí a otra en mi camino.

Antonio FLORIE

Le maravillarán los modelos

Iberia 1946

CON EL NUEVO mando Kronex

DE BANDA ELASTICA AUTOMATICA

El mando Kronex

Ofrece una mayor elasticidad para la perfecta selección y sintonía de las emisionés.

RADIORRECEPTOR

Iberia

Príncipe

CO DEL MUNDO EN SU HOGAR

Para informes: Agente Distribuidor "El Japón en los Angeles" Teléfono 13-11



— I —

No pertenecía a nadie. No tenía nombre y nadie podía decir dónde pasaba el largo invierno ni de qué se alimentaba. Cuando quería aproximarse a las casas, otros perros hambrientos como él, pero orgullosos de pertenecer a aquellas casas, le expulsaban sin piedad. Cuando, empujado por el hambre o por la necesidad instintiva de encontrarse entre seres vivientes, hacía su aparición en la calle, los chicos le tiraban palos y piedras y las personas mayores le perseguían con gritos de maldad y silbidos terribles. Presa de terror corría de un lado para otro, tropezaba contra las vallas y contra los hombres; por fin llegaba al extremo de la aldea y se escondía en un jardín desierto, en un rincón que él sólo conocía. Allí lamía con su lengua las hebras, recibidas, y su miedo, su desconfianza de los hombres, iba en aumento constante.

Una sola vez le habían demostrado piedad. Era un aldeano borracho que acababa de abandonar la taberna. Amaba y perdonaba a todo el mundo y balbuceaba algo de las personas de buen corazón. Se apiadó de la suerte del pobre perro, sobre el cual había caído su mirada por casualidad.

— ¡Chucho! — le llamó, aplicándole el nombre que se da a todos los perros — ¡Ven acá, chucho; no tengas miedo!

El perro tenía muchas ganas de acercarse, daba señales de cariño con su cola; pero no se atrevía.

— ¡Ven acá, ea, tonto! ¡A fe mía que no te haré daño!

Pero en tanto que el perro, vacilante y acelerando el balanceo de su cola, se acercaba a pasitos cortos, el humor del borracho cambió súbitamente. Recordó todo el mal que le habían hecho las personas de bien y sintió disgusto y cólera. Y cuando el perro se prosternó ante él sobre el lomo, le dió un fuerte puntapié en las costillas.

— ¡Largo de aquí, cochino animal!

El perro lanzó un aullido, provocado más bien por la sorpresa y por la decepción que por el dolor. El campesino, tambaleándose, se fué a su casa; allí pegó cruelmente y por largo rato a su mujer e hizo pedazos la toquilla nueva que le había regalado la semana pasada.

Desde aquel día el perro desconfiaba de los hombres que manifestaban deseos de acariciarle, y con el rabo entre piernas huía a todo correr. A veces hasta intentaba morder, y había que echarle a palos o a pedradas.

Durante el último invierno se instaló bajo la terraza de una casa de campo desierta que no tenía guarda, y él mismo se convirtió en guarda voluntario: por la noche se ponía delante de la casa y ladraba con todas sus fuerzas. Luego se echaba bajo la terraza y gruñía furiosamente; pero en este gruñido se notaba satisfacción y orgullo de sí mismo.

La noche de invierno era terriblemente larga. Las negras ventanas de la casa desierta miraban tristemente al jardín inmóvil cubierto de nieve y de hielo. A veces una lucecita azul se reflejaba en las ventanas: era una estrella descendente o un rayo de luna que caían sobre los cristales.

— II —

Cuando llegó la primavera la casa desierta se llenó de repente de ruidos, de crujir de pies. Unos hombres llevaron pesados muebles. Una muchedumbre de inquilinos, hombres, mujeres y niños, había venido de la ciudad vecina para pasar allí el verano. Embriagados de aire, de calor y de sol, gritaban, cantaban, reían.

Con quien primero hizo conocimiento el perro fué con una hermosa muchacha vestida con traje de colegiala. Había venido a ver el jardín. Llena de impaciencia y de alegría, con el deseo de besar ávidamente todo lo que veía a su alrededor, admiró un instante el cielo azul, las ramas rojizas de los cerezos, y se echó sobre la hierba, vuelta la cara al sol ardiente. Después saltó nuevamente sobre sus piernas, y abrazándose a sí misma, besando el aire primaveral, gritó extasiada:

— ¡Dios mío, qué bello es esto!

Dicho esto se puso a dar vueltas vertiginosas alrededor de sí misma. En el mismo instante el perro, que sin hacer ruido se había acercado a la muchacha, asíó furiosamente el extremo de su vestido, lo sacudió y, siempre sin hacer ruido, echó a correr por los espesos setos de frambuesa.

— ¡Un perro malo! — gritó la muchacha huyendo.

Se oyeron aún largo rato sus gritos de espanto:

— ¡Mamá! ¡Niños, no vayais al jardín! ¡Hay un perro grandísimo y muy malo!

Cuando cayó la noche el perro se acercó sin hacer ruido a la casa dormida y se echó bajo la terraza. Allí olía a hombres. Por las ventanas abiertas se oía su respiración. Dormían, nada había que temer de ellos. Y el perro hacía guardia celosamente con un ojo abierto, estirando al menor ruido su cabeza con dos ojos que brillaban como chispas en la noche negra. La noche primaveral estaba llena de ruidos inquietantes: algo se movía en la hierba muy cerca del perro. Una rama se meneaba bajo el peso de un pájaro dormido. Por el camino, aplastando la arena, pasaban unas carretas. A su alrededor, en el aire inmóvil, se extendía el fuerte olor del heno fresco.

Las personas que se habían instalado en la casa eran muy buenas. El estar ahora lejos de la ciudad respirando el aire del campo, viendo los colores vivos de la primavera, los hacía más buenos aun. El sol, al penetrar en ellos con su calor, salía convertido en risas y cariño para todos los seres vivientes.

Primeramente quisieron echar de allí al perro que los había asustado tanto, y hasta matarle de un tiro de revólver si no se iba por su voluntad; pero pronto se habituaron a oír sus ladridos en la noche, y a veces, por la mañana, se preguntaban:

# BRIBON

(CUENTO)

Por Leonidas Andreiev

— III —

— ¿Dónde está ese «Bribón»?

Este era ya su nombre. A veces veían de día al perro entre los setos; pero él corría con desconfianza, huyendo de una mano que le echaba pan, como si en vez de pan fuera una piedra.

Poco a poco se acostumbraron a «Bribón». Los hombres le llamaban «nuestro perro» y se reían de su carácter salvaje y de su miedo, que no tenía ninguna razón de ser. Cada día «Bribón» disminuía un poco la distancia que le había separado de los hombres. Comenzó a reconocerlos, a distinguirlos unos de otros, y se adaptó a sus hábitos. Media hora antes de que se sentaran a la mesa se ponía de guardia cerca de la casa esperando que se le echara algo de comer y meneando la cola. La colegiala Lelia le perdonó la injuria y le introdujo en el círculo de aquellas gentes felices que disfrutaban del descanso.

— ¡Briboncito!, ven aquí! — llamaba al perro —. ¡No tengas miedo, chiquitín mío, ven!

— ¡Pero ven, ea! ¿Quieres azúcar? ¡Voy a dártela! ¡Vaya, ven!

Pero el perro no se atrevía: tenía miedo. Y con precauciones infinitas, pronunciando las palabras más dulces posibles en una bella muchacha de voz melodiosa, Lelia se acercaba al perro con miedo de que la mordiera.

— ¡Qué te quiero, «Briboncito», que te quiero mucho! Tienes una naricita bonita y ojos muy expresivos. Haces mal en desconfiar de mí, «Briboncito».

Las cejas de Lelia se levantaron. También ella tenía una naricita bonita y ojos tan expresivos que el sol había hecho muy bien en cubrir de cálidos besos todo su rostro joven, resplandeciente, de una belleza ingenua.

Y «Bribón», por segunda vez en su vida, se echó sobre el lomo y cerró los ojos, no estando cierto de si le iban a acariciar o a pegar. Pero le acariciaron. Una manita cálida tocó ligeramente su cabeza y luego se puso a acariciar valerosamente todo su cuerpo.

— ¡Mamá, niños! ¡Mirad, estoy acariciando a «Bribón»! — gritó Lelia.

Cuando los niños corrieron alborotados, agitados y confiados como gotas de mercurio, «Bribón» esperaba con angustia; sabía bien que si le pegaban no tendría ya fuerza para morder porque le habían despojado de su maldad irracional. Y cuando todos comenzaron a acariciarle temblaba su cuerpo, y las caricias a que no estaba habituado le hacían casi tanto daño como le hubieran hecho los golpes.



«Bribón» estaba satisfecho con toda su alma de perro. Tenía un nombre, al oír el cual corría a todo correr desde los setos. Pertenecía a hombres y podía servirlos. ¿No era esto bastante para hacer feliz a un perro?

Acostumbrado a la moderación, gracias a sus años de vida vagabunda y llena de miserias, comía muy poco; pero aun así pronto estuvo desconocido: su pelo largo que antes le caía sobre el cuerpo en sendos mechones, llenos de barro en el vientre, estaba ahora limpio, negro y liso como el terciopelo. Y cuando se ponía delante de la casa, examinando gravemente la calle con la mirada, a nadie se le ocurría hacerle calentar o tirar una piedra.

Pero él no tenía aquel orgullo y aquel aire independiente más que cuando se encontraba sólo. El fuego de las caricias no había conseguido aún evaporar completamente el miedo de su corazón, y cerca de los hombres no se sentía a gusto y esperaba que le pegaran. Durante mucho tiempo toda caricia fué para él una sorpresa, un milagro que no podía comprender. El mismo no sabía hacer caricias. Otros perros, para expresar sus sentimientos, sabían ponerse de pie sobre las patas traseras, restregarse en las piernas de los hombres, hasta sonreír; pero él no sabía.

Lo único que sabía era echarse sobre el lomo, cerrar los ojos y lanzar pequeños gemidos. Pero esto era demasiado poco e insuficiente para expresar su entusiasmo, su reconocimiento y su amor. Al fin tuvo una inspiración: imitando quizá a otros perros, comenzó a saltar pesadamente, a dar vueltas alrededor de sí mismo, y su cuerpo, siempre tan alerta e inmóvil, se hizo pesado, torpe y chusco.

— ¡Mamá, niños! ¡Mirad: «Briboncito» está jugando! — gritó Lelia.

Y ahogándose de risa decía:

— ¡Otra vez, «Briboncito»! ¡Sigue! ¡Eso es, así!...

Todos acudieron corriendo y se retorcían de risa mientras «Bribón» daba vueltas como una peonza, caía y sus ojos conservaban la expresión implorante. Los niños, para provocar aquellos risibles movimientos, le acariciaban como antes se le pegaba para provocar su miedo. Alguno de los niños, y aun de los mayores, le gritaba incesantemente:

— ¡«Bribón»! ¡«Briboncito»! ¡Juega otro poco, andal!

Y él jugaba, con gran alegría de los espectadores, que reían ruidosamente. Estaban muy contentos con él y se quejaban solamente de que el «Bribón» no quisiera hacer valer sus talentos ante las otras personas que acudían a la casa; cuando veía venir a alguien que no era de la familia corría al jardín o se escondía bajo la terraza.

Poco a poco se fué acostumbrando a no preocuparse del alimento. Estaba cierto de que a la hora precisa la cocinera le daría de comer, y permanecía esperando en su sitio, bajo la terraza. Ahora él mismo buscaba las caricias. Se había puesto un poco pesado; no le gustaba hacer viajes largos, y cuando los niños le invitaban a acompañarlos al bosque movía diplomáticamente la cola y desaparecía sin que lo notaran. Pero por la noche llenaba concienzudamente sus deberes de guardián y ladraba furiosamente.

— IV —

Pronto llegó el otoño. Lloraba el cielo con lluvias frecuentes. Las casas de campo iban quedando desiertas, como extinguidas por la lluvia y el viento.

— ¿Qué hacer de «Bribón»? — preguntó pensativa Lelia.

Estaba sentada, teniendo enlazadas con sus manos las rodillas, y miraba tristemente por la ventana, por la que corrían las gotas de la lluvia que acababa de comenzar.

— ¿Qué postura es esa, Lelia? Siéntate como es debido — dijo la madre.

Y añadió:

— En cuanto a «Bribón», tendremos que dejarlo aquí.

— ¡Pobrecito!

— ¡Qué se va a hacer! En la ciudad no tenemos patio y no se puede tener al perro en las habitaciones.

— ¡Pobrecito! — repitió Lelia a punto de llorar.

Sus cejas negras se levantaron como las alas de una golondrina que va a echar a volar.

Mamá dijo:

— Nuestros amigos los Dogayev me han prometido hace mucho tiempo un perrito precioso que sabe hacer una porción de juegos, mientras que «Bribón» no sabe nada.

— ¡Pobrecito! — repitió Lelia.

Pero renunció a la idea de llorar.

De nuevo llegaron hombres desconocidos y llenaron de ruidos numerosos la casa. Se hablaba muy poco y no se reía en absoluto. Asustado de aquellos hombres, presintiendo alguna desgracia, «Bribón» huyó a la extremidad del jardín, y desde allí, a través de los setos, miraba fijamente lo que pasaba sobre la terraza y junto a la casa.

— ¿Estás aquí, mi pobre «Bribón»? — dijo Lelia acercándose a él.

Estaba vestida de viaje, con el vestido obscuro que él había desgarrado por un extremo, y con una blusa negra.

— ¡Ven conmigo!

Llegaron al camino. La lluvia tan pronto cesaba como volvía a empezar, y todo el espacio entre la tierra ennegrecida y el cielo estaba lleno de nubes flotantes. Desde abajo se veía bien hasta qué punto eran esas nubes pesadas e impenetrables a la luz por el agua de que estaban henchidas. El pobre sol debía aburrirse mucho detrás de aquel espeso muro.

A la izquierda del camino se extendía un campo negro. En el horizonte, que parecía tocarse, se veían grupos aislados de árboles y treñas. A poca distancia había una taberna cubierta con un techo de hierro. Cerca de la taberna un grupo de hombres hacía hablar al idiota del pueblo.

— ¡Dadme un copek! — pedía con voz lastimera.

— ¡Y no quieres partir leña? — le respondían burlándose de él.

Se enfadaba, y los otros se reían sin gana. Un rayo de sol atravesó las nubes; era un rayo amarillo y anémico, como si el sol estuviera gravemente enfermo. Tolo lo envolvía la tristeza de otoño.

— ¡Esto es aburrido, mi pobre «Bribón»! — dijo Lelia.

Y sin mirar atrás volvió sobre sus pasos.

Hasta que estuvo en la estación no se acordó de que no se había despedido de «Bribón».

— V —

«Bribón» corrió mucho tiempo en busca de la gente, llegó hasta la estación y, sucio y mojado, volvió a la casa desierta. Allí hizo un nuevo juego que no pudo ver nadie: subió por primera vez a la terraza y, enderezándose sobre sus patas traseras, miró la casa por la puerta de cristales y aun la araña con su pata. Pero la casa estaba vacía y nadie le respondió.

Caía una fuerte lluvia. Las tinieblas de otoño descendían sobre la tierra. Llenaron rápidamente la casa desierta, saliendo sin ruido de la maleza y cayendo con la lluvia del cielo sombrío. En la terraza, de donde se había quitado el toldo, lo que la hacía más vasta y extrañadamente vacía, la luz se resistió algún tiempo en su lucha contra las tinieblas, iluminando las huellas de los pies sucios; pero pronto la luz cedió.

Llegó la noche.

Y cuando ya no quedaba duda de que todo estaba negro y desierto, el perro lanzó un largo gemido quejumbroso. En el ruido monótono y melancólico de la lluvia añadió una nota lúgubre y desesperada que penetró en las tinieblas y se extendió por el campo negro y desnudo.

El perro aullaba metódicamente, con insistencia, con la tranquilidad de la desesperación. Quien le hubiera oído habría podido creer que era la negra noche misma quien lloraba la luz extinguida, y habría sentido un profundo deseo de estar al calor, cerca del fuego, teniendo estrechamente abrazada contra su corazón a una mujer amada.

El perro seguía ladrando...